

ciaban su nombre, era ya por sí solo halagüeña lisonja. En virtud de esos contrastes que tan á menudo encierra la vida, sucedióme más de una vez acabar de leer el artículo de periódico español donde con indecible insolencia y befa se atacaba al tribuno excelso, y recibir la visita de algún norteamericano ó de algún inglés, en su tierra ilustre, que venía á rogarme le proporcionase medio de presentar sus homenajes al primero de nuestros compatriotas. Si hubiese querido Castelar admitir las invitaciones que desde América se le dirigían, para que visitase aquellas regiones por él soñadas y cantadas mil veces en sonoros párrafos, ningún monarca habría tenido recibimiento semejante; á nadie esperaba triunfo mayor. Dejar las costas de la patria donde despiden la calumnia, la envidia y la malevolencia, y pisar las de un país nuevo donde acogen el entusiasmo y la veneración rayana en culto, no sería mal viaje, y es lástima que no haya dorado los últimos años de Castelar la luz de esa apoteosis. Pero le adherían á España lazos de cariño y de apego invencible, que atan más que los lazos de la familia y del hogar doméstico. Era para Castelar, el acérrimo español, familia y hogar toda la patria.

No he conocido persona que tuviese más á España y á la vida española en la medula de los huesos. Todo lo español — usos, costumbres, tradiciones, arte, poesía, paisaje, monumentos — le causaba una especie de transporte, le encantaba, sin examen, sin exclusión posible, sin crítica, con amorosa ceguera. Los años de emigración pasados en el extranjero, el trato con los hombres más eminentes de nuestro siglo, el rumor halagüeño que de Europa ascendía hasta él, saludándole maestro universal en el arte de la palabra; la vibrante é intensa vida intelectual de París, la magnificencia y solidez de las instituciones en la Gran Bretaña, los tesoros artísticos de Italia, que tanto pudieron sin embargo sobre la lozana fantasía de Castelar, nada supo atraerle y embelesarle como le atraía y embelesaba su España, y no sólo la España de Madrid, sino cualquier rincón de la península, el más olvidado, el más desconocido, el más rural y humilde, que no tuviese otras galas sino el manto azul del cielo y la verde alfombra de la tierra, ni brindase más distracciones que la misa en rústica ermita y las faenas agrícolas en el campo cubierto de mieses.

Había que oírle describir, comentar, aquilatar con adjetivos felices y galanas pinturas las bellezas de España, la rica diversidad de sus regiones, la poesía de sus usanzas, la fertilidad de su territorio y hasta el dulce y sazonado gusto de sus frutas y sus alimentos. Como se copian en el cristal de un puro y profundo lago las perspectivas, adquiriendo fantástico realce, se copiaban en la imaginación de aquel gran poeta en prosa las maravillas del panorama nacional, y puedo asegurar que de él aprendí á sentir y á saborear mil hermosuras que acaso me pasarían inadvertidas si Castelar no me las indicase con una palabra. La excursión al valle de Loyola que en compañía de Castelar realicé, es recuerdo indeleble. ¡De qué modo expresaba y resumía en frases de generosa y cálida simpatía lo peculiar de aquellos puntos de vista y lo significativo de aquel santuario, templo y casa de otro español eternamente memorable, de San Ignacio!

Mi tierra, Galicia, merecía á Castelar especialísima predilección. La consideraba mucho más pintoresca que Asturias y Santander; y aunque sus brumas le entristecían un poco, pues Castelar necesitaba cielos claros, sol radiante y aire seco y perfumado como el del Mediodía, también probaba el encanto misterioso y ensoñador, característico de nuestra música regional, de nuestro celticismo innegable, de nuestras supersticiones y leyendas, de la frescura y placidez de la campiña gallega, y hasta de la gaita que llora las querellas de un pasado remotísimo. Es lo cierto que con cualquier aspecto de la naturaleza que Castelar se pusiese en contacto, obraba el filtro, la poesía inmanente, que él llevaba dentro de sí; viniese de donde viniese la ráfaga de aire, el arpa vibraba melodiosa; porque era el alma de Castelar parecida á la de Víctor Hugo, de cristal, con mil voces, toda ecos, toda resonancia, pronta á transformar el aire en cántico, en himno órfico, en estrofa, en luminosa serie de palabras voladoras y veloces como aves del cielo...

¡Qué artista pierde el mundo! Las facultades geniales de la raza nunca se condensaron más bri-

llantemente que en Castelar. Así su estilo llegó á inocularse y á dominar por espacio de tantos años á la oratoria, y no sólo á la parlamentaria, sino á la del púlpito, de la cátedra, del Ateneo, del foro. Quisieron todos ser Castelares, quisieron todos agotar la copa de Hércules, privilegio sólo á Alejandro concedido. Creyeron que sorprendiendo ciertos procedimientos retóricos, captarían el alma que los vivificaba, la imaginación que los coloreaba y encendía. En apariencia no hubo cosa más fácil que imitar á Castelar. Cualquiera realizaba el *pastiche* del artículo castelarino. En realidad sólo fueron parodias, eternamente las mismas, cansado

trillar de prosa alrededor de una imagen que había revoloteado, mariposa multicolor, en labios del mago, del artífice incomparable. Y fué de los artículos y de los discursos pseudo-castelarinos lo que de los *pequeños poemas* y *doloras* pseudo-campoamorianas...

Nadie, nadie recogerá ese instrumento maravilloso, roto por la mano de la muerte; nadie sustituirá á Castelar; nadie ocupará su puesto en la política ni en el arte español. Al desaparecer nuestra soberanía en América, desaparece también nuestro hombre representativo, el fanal que desde

alta mar se divisaba é iluminaba nuestras playas, sembradas de despojos del naufragio. Envuelto en la púrpura de los celajes de nuestro Poniente, acuéstase el gladiador invicto, para descansar y olvidar los dolores de esta tristísima etapa, y entre sollozos, murmuramos los versos del poeta:

Tú dormirás en paz, ¡oh varón fuerte!,
con el sol de la patria que declina,
y es venturosa y envidiable suerte
reposar en los brazos de la muerte,
cuando todo es dolor, vergüenza y ruina...

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CASTELAR

Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, los españoles, todos cuantos en ambos mundos hablen nuestra lengua, están de pésame, de riguroso luto. Emilio Castelar ha muerto... ¡Cuatro palabras que encierran tanta tristeza, otra tristeza más, otro velo fúnebre echado sobre nuestras almas de patriotas!

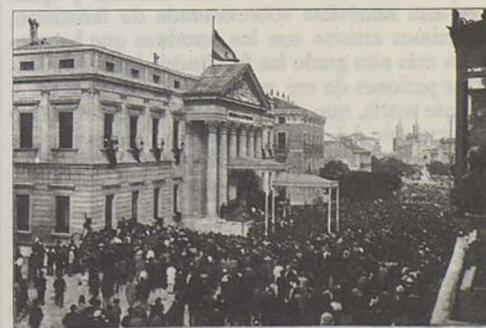
Hemos perdido lo que equivale á una Antilla, una tierra que nos pertenecía, de perspectivas luminosas, de lujosa vegetación tropical, de inagotables producciones, de horizontes infinitos; un florón de la diadema de la belleza; un organismo tan privilegiado, tan único, que lo había formado en sus moldes elegantes Grecia, consolidado en su noción de libertad política Roma, penetrado de su ideal tradicionalista y de sus gustos de esplendor y opulencia literaria España, y si en sus labios elocuentes las abejas del Atica anidaban y destilaban miel, en su corazón ardía el fuego de nuestros lares, y en su fantasía maravillosa no había cuadro de la historia, aspiración de los pueblos modernos ni predicado de la filosofía que no cupiese y se formulase en lenguaje, más que humano, divino; lenguaje que, al desaparecer Castelar, enmudece, como enmudeció el canto al morir Gayarre, el de la voz celeste y desconocida, modulada por una laringe de extraña contextura, sorprendente para los médicos y anatómicos.

Cuando salíamos al extranjero, el eco de España que resonaba en nuestros oídos era el nombre mágico de Castelar. Desde lejos, lo que se veía era su gloria, era su notoriedad inmensa, su prestigio comparable al de un Víctor Hugo en Francia ó de un Gladstone en Inglaterra. Por Castelar estábamos en relación directa con Europa, vivíamos en contacto con los pueblos civilizados y llegábamos hasta donde no alcanzaban otras manifestaciones de nuestra actividad y de nuestra energía. Por Castelar gozábamos las simpatías de América, no sólo de la América del Sur ó latina, sino de la otra, la del Norte, donde se saludaba á Castelar con respeto. No ha impedido este respeto, me dirán, que llegada la hora nos despojases y agredieses. Cierzo; pero ¿quién sabe si, á no ser por Castelar, no nos hubiesen atacado más pronto? Nadie habrá olvidado la historia del *Virginus*, la conducta firme y acertadísima de Castelar, el peligro evitado, conjurado siquiera por largo tiempo.

Siempre que llegaba á Madrid un extranjero de alguna distinción, escritor, político, pensador, artista, lo primero, preguntaba por la vivienda de Castelar. En aquel santuario quería depositar la ofrenda de su admiración; que abandonar á Madrid sin conocer á Castelar, sería como ir á Roma y no ver al Papa. El tono de voz con que pronun-



Madrid. — Salida del cadáver de D. Emilio Castelar de la estación del Mediodía (de fotografía instantánea de Company)



Madrid. — Llegada del cadáver de D. Emilio Castelar al Palacio del Congreso de los Diputados (de fotografía instantánea de Company)